

## Las migrantes otomíes en la ciudad de México: el trabajo en la calle como una vía de inserción urbana

**E**n este artículo se presentan algunos resultados de un estudio más amplio sobre la urbanización y emancipación de mujeres indígenas migrantes a la capital. En dicho estudio nos proponemos aportar algunos elementos para la discusión acerca de los cambios experimentados por las mujeres indígenas que emigran a la ciudad de México, en los diferentes aspectos de su vida: los cambios personales, cambios en las relaciones familiares, en su trabajo y aportaciones económicas y en su posición dentro del hogar, entre otros.

En un artículo anterior, acerca de las experiencias urbanas de las mujeres indígenas mixtecas y mixes, hemos presentado varios aspectos de su vida en la ciudad y los diversos problemas que tuvieron y tienen que enfrentar en este medio al que llegaron como adolescentes, sin ninguna preparación y siendo frecuentemente monolingües.<sup>1</sup>

En esta ocasión el estudio estuvo dirigido a un grupo de mujeres otomíes originarias de Santiago Mezquititlán, municipio de Amealco, Estado de Querétaro, radicadas actualmente en la ciudad de México. Las diferencias entre ambos casos son notorias, si consideramos que las mujeres mixes y mixtecas siguieron un patrón migratorio y de inserción a la ciudad común a la gran mayoría de mujeres indígenas migrantes: llegaron muy jóvenes para trabajar en casas, después conocieron a un hombre, frecuentemente de su propia comunidad, y se juntaron o casaron con él, o llegaron ya casadas siguiendo a su esposo cuando él ya tuviera asegurado un ingreso por su trabajo.<sup>2</sup>

\* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

<sup>1</sup> Marta Romer, "Mujeres indígenas migrantes y sus experiencias urbanas", en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, núm. 70, abril-junio de 2003.

<sup>2</sup> En este grupo no se conocen casos de mujeres que llegaron con hijos pequeños debido al abandono de sus esposos y por no encontrar manera de sostenerse en su comunidad de origen, como es frecuente entre migrantes mazahuas; Cristina Oehmichen, "La relación etnia-género en la migración femenina rural urbana: mazahuas en la ciudad de México", en *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 45, enero-junio de 1999.



Para el caso de las mujeres otomíes este patrón se cumple solo en parte, es decir, si bien hubo jóvenes que venían a la capital para trabajar en casas, sobre todo de los familiares que ya radicaban en la ciudad, no fue éste el patrón predominante debido a que los migrantes de Santiago, desde la década de 1940, practicaban principalmente la migración temporal de corta duración —primero los hombres solos, después familias completas— por tiempo suficiente para conseguir recursos dedicados a financiar las actividades en el campo y cubrir los gastos de las familias. Lourdes Arizpe, en su libro ya clásico sobre las “Marías”<sup>3</sup> describe el proceso migratorio de Santiago Mezquititlán, sus causas y las características de los migrantes, en particular las mujeres que llaman la atención por estar vendiendo en la calle, rodeadas de niños pequeños, vestidas con sus trajes tradicionales y con escaso o nulo conocimiento del español.

Posteriormente, al intensificarse el flujo migratorio de mujeres otomíes, facilitado por la construcción de la carretera que acortó considerablemente el viaje a la capital, muchas de ellas, para ahorrar recursos, comenzaron a pernoctar en la calle cerca de la zona donde durante el día vendían dulces y artesanías a los transeúntes y turistas (entre otros, en la Zona Rosa y en la avenida Chapultepec). En la década de 1990, las familias ocuparon varios predios baldíos, abandonados después de los sismos de 1985, y construyeron sus vecindades ahí, lo que se convirtió en un importante elemento de atracción para quedarse a radicar en la ciudad. Cabe recalcar que fueron precisamente las mujeres que pernoctaban en la calle las primeras ocupantes de los predios baldíos, sobre los que posteriormente tuvieron un papel muy activo para la conservación y legalización de estos espacios, como fue el caso del predio de la calle de Guanajuato.<sup>4</sup>

La presente investigación recogió relatos de vida de doce mujeres otomíes que pertenecen a generaciones diferentes pero que, en su mayoría, han tenido contac-

to con la ciudad por más de veinte años. Conviene precisar que el contacto con todas ellas y la aceptación para ser entrevistadas se logró gracias al apoyo de una educadora que trabajó durante varios años con las familias otomíes de la colonia Roma para ayudar a escolarizar a los niños, y al líder de una vecindad. Se trata de mujeres más abiertas y que en su mayoría pueden expresarse o comunicarse en español. De otra manera hubiera sido muy difícil si no es que imposible penetrar al interior de las vecindades y conseguir entrevistas, debido a la desconfianza y al carácter cerrado de estos espacios.<sup>5</sup> A pesar de estas limitaciones logramos obtener una muestra diferenciada que ilustra una cierta variedad de situaciones que caracterizan a las migrantes en lo que se refiere a su forma de emigrar, las experiencias urbanas y el trabajo.

Los relatos de las mujeres otomíes acerca de su historia migratoria y su trabajo callejero nos permiten acercarnos a su universo, conocer lo difícil que fue su encuentro con la ciudad, la pobreza en que vivían y aun viven, el miedo que sentían las niñas cuando quedaban solas en la calle, la desgracia cuando les quitaban su mercancía y regresaban con las manos vacías.

Algunas de ellas, pertenecientes a la primera generación de migrantes, llegaban a la ciudad de manera temporal desde la década de 1980 con sus hijos pequeños y durante varios años pernoctaban en la calle, mientras que sus esposos dormían en sus lugares de trabajo: en general los mercados o alguna obra, hasta que llegaron a ocupar los predios baldíos mencionados arriba y construyeron en ellos sus casitas, lo que les permitió permanecer por periodos más largos en la ciudad y finalmente quedarse a vivir aquí. Cuando crecieron sus hijos y los mayores se casaron, ocuparon lotes contiguos, de manera que actualmente hay varias viviendas ocupadas por miembros de la misma familia en cada vecindad.

<sup>5</sup> A pesar de muchas similitudes entre las condiciones de vida y de trabajo en la ciudad, se constata una mayor apertura hacia el exterior de los mazahuas en comparación con los otomíes; Rebecca Igreja, “Negociando identidades. La participación de los jóvenes en las organizaciones indígenas en la ciudad de México”, en Maya Lorena Pérez Ruiz (coord.), *Jóvenes indígenas y globalización en América Latina*, México, INAH, 2008, pp. 219-237.

<sup>3</sup> Lourdes Arizpe, *Indígenas en la ciudad de México. El caso de las “Marías”*, México, SEP (SepSetentas,182),1975.

<sup>4</sup> Marta Romer, “La lucha por el espacio urbano: un caso otomí en la ciudad de México”, en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, núm. 88, enero-abril de 2010, pp. 78-86.



Otro grupo está formado por mujeres jóvenes ya casadas que tuvieron su experiencia migratoria desde edad muy temprana, por acompañar a su madre en sus viajes a la ciudad cuando la familia practicaba todavía la migración temporal. Estas niñas se quedaron más tarde de manera definitiva en la ciudad, ya fuera con su propia familia o en casa de algún familiar para trabajar, y posteriormente se juntaron con algún hombre de su comunidad, en general a la edad de 14-15 años.

Algunas otras vinieron a la ciudad por primera vez a la edad de 12 años con familiares o con otras familias otomíes ya establecidas para trabajar en casa. Una llegó de joven casada para unirse con su esposo que ya estaba trabajando en la ciudad, y la última había crecido en la ciudad, traída por sus padres cuando era todavía bebé.

Independientemente de estas diferencias, una característica específica de las migrantes de Santiago es que en la mayoría de los casos su inserción a la sociedad urbana se dio a partir de la calle, a través de las pequeñas transacciones comerciales en las que casi no necesitaban usar el idioma español que de hecho no hablaban, sin establecer relación con la gente urbana. Sólo excepcionalmente algunas (tres) informantes, antes de tener hijos, por periodos breves trabajaron en una casa, bodega o tienda y se relacionaron con personas ajenas al grupo. Estas relaciones en algunos casos fueron muy positivas (contaron con ayuda o apoyo), en otros negativas, por ser indígenas y no poseer los conocimientos requeridos (por ejemplo, cocinar).

Esta situación de marginalidad se ha mantenido al constituirse las vecindades que forman unidades residenciales cerradas, donde los contactos con los agentes

externos se dan en principio a través de los respectivos representantes. La movilidad de las mujeres se limita a los viajes a la Merced para comprar mercancías que después venden en la calle (o en pequeñas tienditas que instalaron en sus viviendas) y los insumos para confeccionar muñecas de trapo y otras prendas, las compras de alimentos en las tiendas vecinas, y a los sitios en la calle, en las salidas del metro o los mercados (el Bazar del sábado), donde ofrecen sus mercancías o piden limosna.

Este patrón de inserción a la ciudad marcó también a la segunda generación, es decir, niños y niñas que acompañaban a su madre en sus viajes a la ciudad desde muy pequeños, quienes se familiarizaron muy temprano con el medio urbano (las calles, el tráfico, el metro), a diferencia de las mujeres que llegaron casadas a una edad mayor. Los niños también asimilaban más temprano el idioma español e incluso se volvieron traductores y guías de sus madres, a menudo monolingües o con muy deficiente conocimiento del idioma español.

Varios años después, muchas mujeres participaron en el proceso de lucha por regularizar el predio de la calle de Guanajuato, lo que implicó asistir a marchas y plantones, así como acompañar a su representante a los encuentros con funcionarios, lo que significó para ellas una importante experiencia política.<sup>6</sup>

#### Las primeras experiencias

Actualmente, después de más de 15 o 20 años de residencia en la ciudad, las mujeres recuerdan cómo vivieron su primer contacto con la ciudad. A Sofía, que llegó a los 12 años para buscar trabajo, le daba mucho miedo salir a la calle “por haber mucho carro, rateros, drogadictos, no sabía cómo andar, no salía sola”. Debido a su limitado manejo del español, un día cuando se abrió la cabeza con un clavo en el restaurante donde trabajaba y la llevaron a la Cruz Roja, le preguntaron si quería la anestesia, dijo que no porque no conocía la palabra (tuvo vergüenza de preguntar), y la cosieron en

<sup>6</sup> Marta Romer, *op. cit.*, 2010.

vivo. Ana llegó muy joven para unirse con su esposo, sin saber hablar en español; cuando llegó “no salía a la calle, aquí todo era diferente... una cosa muy triste para mí... Aquí no pude comer tortillas, eran muy diferentes de las de allá, dejé de comer, y hasta me enfermé, no me gustaba nada... Teresa llegó con su esposo y varios hijos: al llegar a la ciudad, “me sentía mal, tenía miedo, no sabía hablar, los coches, las calles; salía a la calle con mi hijo de 12 años que hablaba un poco español, me ayudaba a vender...”

Las mujeres que salieron de su comunidad muy jóvenes recuerdan que no sabían hacer casi nada, sólo moler los granos, hacer las tortillas y el aseo como lo hacían en el pueblo. Varias reconocen que no sabían cocinar, sólo algunos platillos (frijoles, quelites, nopales o algún platillo que vieron preparar en su hogar). Iban aprendiendo poco a poco. Ana comenta que iba aprendiendo a hablar en español, a cocinar y cómo vestirse; le ayudaban una vecina y el esposo; le costó mucho trabajo. No sabía usar la plancha, le daba miedo conectarla, le daba miedo prender el cerillo para encender la estufa de gas; su esposo, que ya tenía tiempo trabajando en la ciudad, le estaba enseñando. A Lucía el esposo le estaba enseñando todo, empezando por hablar español (el creció en la ciudad), cómo usar los aparatos eléctricos y cómo cocinar: “yo sólo sabía hacer frijolitos, cocer nada más nopalitos, quelites, sólo lo sencillo”.

La forma tradicional de vestirse y de peinarse, además del problema del idioma, llamaban la atención de la gente en la calle y las mujeres con el tiempo (unas más pronto que otras) adoptaron la ropa de tipo urbano y cambiaron de peinado. Ana llegó del pueblo vestida con blusa bordada y la faja,

[...] como se usaba allá; mi esposo me compró ropa de tipo urbano, no quería que me vistiera como en el pueblo. Después me acostumbré, es más cómoda, más suelta, la ropa de allá ahora me estorba. Al llegar llevaba el pelo amarrado en colita, aquí me lo dejó suelto; hace unos años, cuando me puse la base, las mujeres del grupo me miraban como diciendo “a esta loca ¿qué le pasa? Debe estar como está”; la gente piensa que uno no debe cambiar, quedarse siempre como está.

Es importante destacar que en el grupo persiste una notoria resistencia al cambio debido a sus creencias religiosas, pues la mitad de las familias profesa la religión evangélica, que obliga a las mujeres a peinarse y vestirse de una determinada manera.

Cuando Rosa llegó a la ciudad usaba la trenza y blusa típica de colores con olanes. Dejó de usarla hace varios años y ahora lleva el pelo suelto como todas las mujeres más jóvenes (sólo las mayores lo usan recogido o trenzado).

A Lucía el esposo le estaba enseñando todo, nunca la dejaba sola: hasta que aprendiera; antes se hacía la trenza, pero cuando cambió de ropa (dejó la blusa bordada), también se cortó el pelo y después se puso la base. Antes usaba falda larga o corta y zapatos; ahora usa sobre todo pantalones y tenis. La blusa típica sólo se la pone cuando hay reuniones del grupo (juntas de su vecindad) y cuando van en peregrinación a la Villa (todas las mujeres del grupo lo hacen). Dice que “la ropa del pueblo” ya casi no le gusta, siente mucho calor.

Independientemente de la comodidad y del menor costo de la ropa de tipo urbano, a pesar de que se trata de uno de los grupos menos integrados a la sociedad urbana, es notorio el deseo de estas mujeres de pasar desapercibidas (para sentirse “urbanas” y ser tratadas como tales y evitar cualquier acto discriminatorio); ellas mismas dicen reconocer a las recién llegadas del campo por su vestido y peinado. A su vez, las mujeres más jóvenes que llegaron de temprana edad a la ciudad nunca usaron la ropa tradicional otomí o sólo cuando eran niñas. Las mujeres que pertenecen a la iglesia del Buen Pastor (aproximadamente la mitad del grupo migrante), usan falda larga y el pelo recogido con una red (no tenemos ninguna de ellas en la muestra ya que no aceptan ser entrevistadas).

### El trabajo

Uno de los temas que nos proponemos profundizar dentro de las experiencias migratorias de las mujeres otomíes es su forma peculiar de insertarse en la ciudad a través del trabajo en la calle, característica que compartían desde un principio con mujeres de otros grupos étnicos, como las nahuas y mazahuas (llama-

das “Marías” por Arizpe),<sup>7</sup> y posteriormente con las triquis.

Esta especificidad —trabajo en la calle— es lo que diferencia el patrón laboral de las migrantes de los grupos étnicos mencionados, con respecto al patrón que han seguido otras mujeres indígenas que en su mayoría llegaban a la ciudad para trabajar en servicio doméstico. Además, la calle se considera como el ámbito por excelencia masculino, mientras que el ámbito de las mujeres es el hogar y el cuidado de los hijos, e incluso está mal visto que pasen mucho tiempo en la calle. Las mujeres otomíes, por el contrario, desde un principio llegaban para trabajar en la calle (incluso dormían ahí), vendiendo o pidiendo limosna, y actualmente muchas todavía lo siguen haciendo. La situación ha cambiado en la generación siguiente que radica en la ciudad, ya que a algunos esposos no les gusta que sus mujeres vendan en la calle, y hasta hubo casos de conflicto en algunos hogares por esta causa.

Según relata Arizpe,<sup>8</sup> en la década de 1970 las oportunidades ocupacionales en la ciudad para las mujeres eran aun más limitadas que para los hombres; si las jóvenes podían entrar al servicio doméstico, las mujeres casadas y las con varios hijos —que eran la mayoría— quedaban para realizar trabajos de lavaplatos en los mercados, de lavandera y sobre todo de vendedoras ambulantes, siendo este último el que proporcionaba ingresos más altos y permitía que los hijos estuvieran junto a la madre todo el día.<sup>9</sup>

En las conclusiones del mencionado estudio no se vislumbran perspectivas de cambio en su situación de vida, ya que se requeriría de varias condiciones, difíciles de cumplir, para permitir a las indígenas integrarse a la estructura ocupacional urbana: que existieran puestos de trabajo que ellas pudieran ocupar, una capacitación adecuada para ocuparlos, y que ellas estuvieran dispuestas a aceptarla.

Al parecer ninguna condición se cumplió, ya que todavía en la actualidad, casi cuatro décadas después, encontramos a mujeres de Santiago Mezquitlán vendiendo dulces y chicles en las calles o pidiendo limos-

na en los cruceros; sus necesidades y/o posibilidades de ganarse la vida siguen siendo casi las mismas, es decir, no les permiten desarrollar otro tipo de actividades o las que podrían desarrollar no son atractivas para ellas (por ejemplo el servicio doméstico, debido a que se casan muy temprano y tienen varios hijos).

Sin embargo, en la década de 1970 se dio un cambio de cierta importancia desde que el gobierno capitalino abrió el Centro Otomí para brindarles varios servicios gratuitos a las vendedoras y limosneras callejeras de Santiago Mezquitlán. En ese centro se impartieron clases de artesanía en las que las participantes aprendieron a hacer muñecas de trapo, muñecas de yute y mantel bordado.<sup>10</sup> Este aprendizaje permitió dar un giro importante en las actividades laborales de muchas de ellas para la elaboración y venta de estas artesanías, en particular hacía los turistas, lo que se convirtió en su principal fuente de ingresos durante muchos años. Este saber se transmitió a las hijas y otros familiares y todavía hoy ocupa el primer lugar entre las ocupaciones de las mujeres. Sin embargo, parece que esta transmisión se está debilitando porque muy pocas niñas en edad escolar saben cómo se confeccionan las muñecas, según un breve estudio realizado en la vecindad de la calle de Guanajuato, llevado a cabo por una comunicóloga en ocasión de la realización de un audiovisual;<sup>11</sup> tampoco hemos observado el efecto de esta transmisión en otras vecindades visitadas. Cabe señalar que la venta de muñecas a los turistas representa un ingreso cada vez más reducido, debido a que los inspectores del gobierno de la ciudad no las permiten vender en las calles, por lo que las mujeres sólo salen a vender en la noche o lo hacen en algún mercado. Resulta sorprendente que por un lado el gobierno de la capital capacita a las mujeres para que puedan tener mayores ingresos mediante la venta de artesanías, y por otro les prohíba hacerlo; más aún, les confisca su producto en el que habían invertido sus escasos recursos. Parece que las mujeres nunca se enteraron de que la venta en la calle requería de un permiso, además de que,

<sup>7</sup> Lourdes Arizpe, *op. cit.*

<sup>8</sup> *Idem.*

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 95 y 134.

<sup>10</sup> Hiroyuki Ukeda, “Pobreza y los pueblos indígenas: el caso de dos familias otomíes migrantes en la ciudad de México”, s.e., 2001, p. 60.

<sup>11</sup> Comunicación personal de Irma Ávila.





probablemente por su condición de analfabetas, tendrían dificultad para realizar el trámite para obtenerlo.

El trabajo de la mujer es imprescindible para la manutención del hogar, incluso en algunas familias es el único ingreso que les permite su sustento cuando el esposo es alcohólico o incapacitado, o cuando las mujeres quedan viudas o abandonadas por el cónyuge. En muchos casos los hijos, niños y niñas, desde temprana edad comparten la responsabilidad de aportar recursos al hogar y la de cubrir sus gastos, vendiendo dulces y chicles o, en el caso de los muchachos mayores, lavando carros y parabrisas, lo que los expone a una serie de peligros, en particular la drogadicción.<sup>12</sup>

Según la encuesta realizada en 85 hogares otomíes de los cuatro asentamientos congregados de la colonia Roma, de un total de 114 mujeres de 15 años de edad y más, 54 se dedicaban a confeccionar y vender artesanías, 36 al comercio en vía pública, 9 a la mendicidad, 3 al estudio y 6 a otras ocupaciones. Los bajos y nulos niveles de escolaridad explican en gran parte su situación laboral: de las 114 mujeres hay 73 sin instrucción, 22 con primaria incompleta, 5 con primaria completa y 4 con post-primaria.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> Marta Romer, "Entre el hogar, la escuela y la calle: niños y jóvenes otomíes en la ciudad de México", en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, núm. 92, mayo-agosto de 2011.

<sup>13</sup> Hiroyuki Ukeda, *op. cit.*, pp. 38-39.

Las mujeres que en su mayoría deben apoyar la economía familiar hasta una edad avanzada, como actividades principales se dedican al comercio en la vía pública, sólo que ahora, además de los dulces y chicles venden artesanías, principalmente muñecas de trapo que ellas mismas elaboran. Algunas también venden prendas de vestir (faldas y playeras) que confeccionan en su casa, resultado de la capacitación que recibieron; las hijas que no están casadas trabajan a veces en los puestos de comida en los mercados o en la venta callejera. En un caso se reparan sillas de bejuco, actividad tradicional de los migrantes de Santiago (una pareja). En algunas viviendas se instalaron pequeñas tienditas donde se venden productos de consumo cotidiano, en estos casos (uno en la muestra) la mujer es auxiliada por otros miembros de la familia. Se conoce un sólo caso de trabajo en el servicio doméstico (la joven de 13 años trabajó al principio en casas y fondas como personal de limpieza), lo que se explica por el tipo de inserción que el grupo ha tenido en la ciudad (marginalidad y repliegue) y también por el hecho de que las jóvenes suelen formar pareja y tener hijos a edad muy temprana (a partir de los 14-15 años) y se dedican sobre todo al hogar o al comercio callejero.

Podemos observar que, según la mencionada encuesta, algunas mujeres del grupo siguen practicando la mendicidad, pero esta actividad ocupa actualmente el último lugar entre las fuentes de ingreso de las familias, lo que constituye otro cambio importante con respecto al pasado, ya que 30 años atrás ocupaba el primer lugar.<sup>14</sup> En la muestra tenemos un sólo caso de mendicidad femenina; se trata de una mujer casi monolingüe y alcohólica.

Cuando se crearon los asentamientos congregados, el Instituto Nacional Indigenista (INI) organizó un curso de corte y confección, proporcionándoles máquinas de coser para que las mujeres se capacitaran en la costura y pudieran confeccionar prendas para ellas o para vender. Algunas mujeres (dos en la muestra) han podido aprovechar esta formación y se han dedicado a confeccionar prendas para vender.

<sup>14</sup> Lourdes Arizpe, *op. cit.*

A continuación se presentan algunas experiencias de trabajo de las mujeres otomíes que ilustran su situación laboral tan peculiar como grupo de migrantes. Varias de ellas tienen una larga experiencia migratoria desde que venían a la ciudad durante la década de 1980 a vender dulces y bordados, acompañadas de sus hijos pequeños; inicialmente las familias rentaban cuartos donde dormían hacinados para ahorrar la renta; posteriormente, las familias se separaban y las mujeres con hijos permanecían en la calle, en la Zona Rosa, donde tendían sus puestos en la banqueta y vendían sus mercancías hasta muy tarde en la noche; después buscaban un lugar cerca para dormir.<sup>15</sup> Actualmente estas mujeres tienen alrededor de 50 años y siguen trabajando en la calle para conseguir escasos ingresos, indispensables para la economía familiar.

Juana es una de estas mujeres con una larga experiencia migratoria que ha pasado por las diferentes etapas del proceso de inserción a la ciudad, sin que su situación haya sufrido cambios importantes, excepto en lo que se refiere a la vivienda, que si bien no está totalmente asegurada, debido a la situación irregular del predio, por lo pronto significa un humilde techo en un lugar muy céntrico. En su relato nos presenta la condición que compartían muchas mujeres de Santiago que venían a la ciudad a vender dulces y bordados, y las dificultades a las que se enfrentaban para vender y por vivir prácticamente en la calle con sus hijos (conservamos la forma de expresarse de la informante que no domina bien el español, con pequeñas correcciones para una mejor comprensión).

#### La venta en la calle:

Desde que empecé a llegar aquí con mis tres hijos quedaba por 15-20 días, vendía yo chicles, sorteamos dulces e iba a vender a Salto del Agua, al Centro Médico; pero la camioneta no me dejaba, porque hasta ahorita no tengo puesto fijo, la camioneta ni deja vender en vía pública. No sé en que año, terminaban el metro, en Zapata no me dejaban, pero íbamos a vender así escondido. Vendíamos dulces surtidos, ora mi hija tenía sus ocho años, y luego el otro tenía siete. Tengo nueve con mi otra hija. Pasamos



al Centro Médico, pasaba la camioneta me quitaba todo mi dulce. Luego de Zapata pasé al metro Universidad; igual estábamos allí e igual nos quitaban los dulces y comprábamos otros, compramos lima, naranja, nueces ya no se vendían porque cuestan mucho dinero, volvimos a surtir dulces. No nos dejaba la camioneta; el día domingo íbamos a Chapultepec. Un día me quitó todo lo que traía, mis chicles, dos bordados, todo estambre; llegan a mi puestecito y se llevan todo; como mi hijo vendía su chicle de pura cajita ahí donde se sienta la gente a comer o divertir en los jardines, empezamos a hacer problemas con mis hijos porque no regresaban pronto para defender nuestras mercancías y luego así me pasé a la tarde porque no teníamos dinero para pagar la renta.

#### Queda en la calle con sus hijos:

También compraba cajas de chicles y vendía en los semáforos, pero ahí tuve que sufrir mucho por cargar bebé y mucho calor y de ahí regresamos al pueblo, empezamos otra vez. Qué vamos hacer, hace falta frijol, para ir al molino, mejor regresamos otra vez.

Mi esposo en Jamaica encontró a un primo y lo llevó a cargar y descargar verduras, lechuga y yo empecé a surtir más dulcecitos, un puestecito, nada más en el metro, en Taxqueña y en Chabacano iba vender. Mi esposo dijo: “ya me gustó el trabajo, gano más con la lechuga, aquí me quedo a dormir”. Ya ve que con los niños, hacen berrinche... Vendíamos dulces y de donde vendíamos, hacia las 8 de la noche veníamos a la Zona Rosa y tendíamos el puestecito. Hasta las 3 de la mañana vamos a buscar donde nos vamos a quedar.

Después de muchos años de hacer viajes entre su pueblo y la ciudad y dormir en la calle, la familia radica ahora en la ciudad y la mujer viaja a su comunidad para participar en diferentes festejos o para llevar dinero para el cultivo (su hijo mayor vive allá).

<sup>15</sup> Marta Romer, *op. cit.*, 2010.

Con el dinero que estamos juntando aquí, pagamos gas, luz y luego no se vende nada como ahora, en las fiestas patrias no me dejaron, en Hamburgo no me deja, pasé a Reforma cuando pasó el desfile, no me dejó y ahora me voy a ir a para allá (al pueblo) el día de muertos, echar flores.

Mi esposo es trabajador de artesanos, fue a buscar trabajo, hace sillas de bejuco, ratán, mimbre, esto yo también estoy trabajando, ora no fui. Andamos colonia por colonia, allí trabajamos fuera en la calle, así ven que estamos trabajando, nos dejan domicilio, teléfono y nosotros hablamos, hacemos sillas completas. Y otro día buscamos. Mi esposo ya no trabaja en Central, sólo tejido de ratán, mimbre y palma. Si no hay dinero, sólo esto trabajamos, a veces no se consigue el material, tenemos que ir a Tequisquiapan a comprarlo.

Hago bordados, muñecas, las fajas no las quieren comprar porque es muy trabajoso; la faja cuesta \$1,500. En el pueblo los que no saben hacerlo lo compran, aquí hasta se están riendo personas cuando decimos el precio. Pero lleva mucho trabajo, por eso nadie quiere, se está perdiendo la costumbre. Cuando voy al pueblo pongo mi ropa, aquí sólo para las reuniones y cuando vamos a la Villa.

Actualmente, la familia con hijos mayores de edad, algunos ya casados, vive en un asentamiento congregado de la avenida Chapultepec. Fueron precisamente estas mujeres que pernoctaban en la calle, las primeras que ocuparon un lote abandonado después de los terremotos de 1985 e hicieron ahí sus modestas viviendas.<sup>16</sup> La mujer sigue vendiendo en la calle, a pesar de las dificultades que menciona, ya que este ingreso es indispensable para el mantenimiento del hogar y para cubrir otras necesidades de la familia, entre otros, los tratamientos para sus dos hijos drogadictos.<sup>17</sup>

Otro caso también representativo es el de Natalia, migrante más joven quien llegó a la ciudad ya casada; actualmente sola mantiene su hogar (dos niños en edad escolar y una bebé) con la venta callejera. Su esposo es alcohólico, estuvo dos veces en tratamiento, pero no trabaja y cuando regresa a casa ella lo mantiene, a pesar de los maltratos que recibe. Se expresa con dificultad en español, pero la condición de vida muy precaria la

llevó a poner una denuncia (con el apoyo de una trabajadora social) y espera que las autoridades la apoyen. Nunca trabajó en casas por tener varios hijos. Comenta que ninguna señora trabaja en casas por los niños que no tienen donde dejar (su hija mayor está por cumplir 15 años y ya es mamá). Nunca aprendió a hacer muñecas, así que sólo vende dulces y chicles.

Desde que llegué, salía a vender en la calle, en los altos. Después, cuando venimos aquí (una vecindad en avenida Chapultepec), llevaba los dulces para vender en el metro y un día un señor me dijo “ponlo aquí”, por eso compré unos dulces y los puse en una charola, ya tengo dos años ahí, me quedo sentada en este lugar, acá, dentro del metro, donde la calle sube a Zona Rosa.

Vendo puro dulce y chicle, salgo a las 8 de la noche y hasta la 1 de la mañana me quedo allí en el metro; a mediodía no nos deja (los inspectores), a las 8 ya no pasa, ya nos deja vender. Hay menos gente, hay mucho vendedor, yo vendo \$150, \$100. Lo que gano alcanza nomás para comer, para tortilla, para surtir, arroz, pasta, verdura, frijol, sopa, arroz, huevo, a veces compro carne de puerco, cada mes o cada 20 días; por cada 15 días, pollo de retazo, compro puro retazo, pollo entero es muy caro no se cuánto cuesta.

Yo también estoy enferma, me duele mucho la espalda, pero no hay medicina; me canso mucho, tengo mucho niño, lavo su ropa, hago la comida, voy a surtir los dulces, es mucho trabajo.

Una experiencia que nos muestra otros aspectos del trabajo en la calle es la de Ana, quien llegó muy joven estando ya casada, para unirse con su esposo que estaba trabajando en la ciudad.

Empecé a salir cuando estaba embarazada de mi hijo, me aburría en la casa. Ya hablaba un poco español, quería salir a la ciudad. Rentábamos un cuarto por el Toreo. Vendía chicles en los altos, pero nunca me gustó vender en la calle. La gente te falta respeto, los hombres, la forma de mirar o hablar groserías. Le tocan, cuando pasan, se asoman. Yo nunca falté al respeto a nadie; los hombres de aquí se sienten machitos, miran a las mujeres, critican. Yo respeto a todos igual. Yo sentía, me dolía lo que a mi me hacían, yo sufría de cómo me chiflaban o me hablaban; a las mujeres les faltan de respeto, dicen groserías, las tocan,

<sup>16</sup> *Idem.*

<sup>17</sup> Marta Romer, *op. cit.*, 2011.



les chiflan. Por eso no me gustaba y dejé de vender. En la comunidad se respetan las mujeres.

Como todavía no tenía hijos, buscó trabajo en casas y tuvo suerte de encontrar una persona que le ayudó no sólo económicamente, sino que también le dio su respaldo cuando hubo conflictos en su hogar.

Una señora me ofreció trabajo en su casa. La señora nunca me pagó y pagaba muy poco, iba a ser cada mes, \$700 al mes. A los 3 meses no me pagó y me fui, me dio sólo \$40 (en 1993).

Después conocí a una tamalera de Veracruz, me ofreció trabajo en los tamales, lavar trastes, ollas, cubetas, batir la masa, asar las hojas de plátano, ayudar en la venta. Por dos años trabajé bien, me daban desayuno y comida. La señora quería que me quedara con ella. También llevaba tamales, hacía la limpieza, preparaba la masa. La acompañaba para venderlos, para ganar un poco más, \$120-130 a la semana, allí desayunaba y comía, me daba hasta jabón para lavar “puede tomar todo lo que quiere”. Cuando me estaba a punto de aliviar, decía que podía contar con ella en todo. Me apoyó cuando tuve problema con mi esposo. Me ofreció todo el apoyo. Cuando nació el niño, dejé de trabajar...

Actualmente vive en el asentamiento congregado de la calle de Guanajuato. Siguió un curso de corte y confección y junto con su esposo adquirieron máquinas y se dedican a confeccionar playeras para vender por mayoreo. A pesar de tener tres hijos, está estudiando la primaria (viene un maestro a la vecindad a dar clases) y ya puede expresarse sin dificultad en español. Es muy activa y desea progresar.

Relatos de algunas mujeres más jóvenes, de segunda generación, tienen mucho interés por su experiencia de contacto y trabajo en la ciudad cuando eran todavía niñas y venían con sus mamás a la ciudad, participaban en la venta callejera y dormían en la calle. Más tarde, algunas, siendo todavía menores de edad, se quedaron solas en la ciudad para trabajar. La inseguridad, el miedo de la gente y de la gran ciudad fueron las primeras experiencias de algunas de estas niñas, una manera peculiar de integrarse al medio urbano en el que les tocó vivir después. La única ventaja era su corta edad

que les permitió aprender más pronto el español y adquirir un mejor conocimiento del medio en que se movían, pero este modo de vida, entre la comunidad y la ciudad, impidió que fueran a la escuela y varias quedaron analfabetas.

Lucía relata su experiencia:

Llegué con mi mamá a los 13 años; trabajaba vendiendo con mi mamá; ya conocía la ciudad, el metro; desde chiquita mi mamá me traía. Veníamos un mes, dos, para vender dulces y regresábamos. Un poco porque no entendía yo bien, no sabía leer. Me llevaba mi mamá, vendía dulces. Yo vendía dulce, después mi mamá hacía muñecas de trapo. Venía aquí a vender, duraba aquí 15 días, 20 días, y regresaba. Venía siempre así.

Excepto cuando ya me casé, ahora ya no podía regresar (conoció a su esposo en la ciudad). Nunca me gustaba trabajar en casa porque ganaba muy poco. Con los dulces sacaba un poco más, no, pero a la semana sabía yo lo que gasto. Trabajo en casas, hay que trapear, trabajé una vez, no me gustó. Nomás me cuidaba unos dos niños pero no me gustaba, me salí y nunca más trabajé.

Cuando me junté con mi esposo vivía con mi suegra, 4 años, después me salí, rentaba un cuarto, duré 8 años rentando. Ahí trabajaba, durante 8 años vendía dulces y muñecas de trapo. Después trabajé en el metro, estación Reclusorio Norte. Ya tenía yo niños, salía con ellos, llegaba a las 7 de la noche a vender, porque en el día hacía la tarea, la comida, la ropa, y regresábamos a las 11 de la noche a la casa. Ahorita estoy vendiendo en la Zona Rosa, en Reforma, en la calle, cerca del hotel Imperial. Lo pongo al piso y también tenemos un puesto de dulces una cuadra más para allá, mi esposo está allá. Con esto nos mantenemos.

Virginia es otro caso de mujer joven que venía con su mamá a la ciudad desde niña y recuerda la experiencia, a veces un poco traumática, de la venta callejera:

Desde niña siempre venía con mi mamá, y regresábamos; a veces un mes o 20 días; dormíamos en la calle. Hace 15 años ya nos quedamos. También venía sola para trabajar con otras personas que tenían casa aquí, unos familiares, desde los 10 años. Salíamos a vender. Al principio me daba miedo. Me daban chicles para vender, me daba mucha pena, no quería vender, me quedaba donde mi mamá. Después ya se me quitó el miedo, trabajaba con

personas, vendíamos papas fritas en las escuelas. Las comprábamos en la Merced, preparábamos las bolsitas. Ven-díamos en distintos lugares. Una escuela por la Basílica, ahí íbamos dos personas, había mucha venta. A veces me tocaba ir sola, pero ya no sentía ese miedo.

Desde que se juntó, a los 14 años, con un hombre de la misma comunidad, dejó de trabajar y se dedica sólo al hogar y a sus dos hijos pequeños.

Otras niñas llegaron a la ciudad a los 10-12 años para trabajar y poder enviar dinero a su familia. Una de ellas es Elena, una mujer de veinte años, madre de un pequeño hijo. Es la única migrante de la muestra y una de las pocas del grupo migrante que pudo cursar la primaria en la comunidad, aunque actualmente tiene problemas para leer y escribir por haberlo “olvidado” y se considera casi analfabeta. Cuenta la dura experiencia que ha sido su vida en la ciudad.

Cuando terminé la primaria ya no me gustó quedarme en el pueblo y vine a la ciudad. Mis papás iban y venían, ya tenían la vivienda aquí. Siempre alguien estaba cuidando la casa. Tenía 12 años y me quedaba sola en la casa, pero al lado estaba la casa de mi abuela. No encontraba trabajo de cocina porque era muy joven, entonces vendía dulces en la calle, las traía en la mano. Con lo que sacaba me compraba de comer, unos frijoles, sopa, huevo. Me alcanzaba sólo para comer, no para vestir. La ropa, la tardaba en comprar, un mes. A veces no vendía nada entonces busqué trabajo con una señora que vendía quesadillas y fui a ayudarla, y como que esta señora era muy especial, a veces no me gustaba como me trataba; tenía que hacer quesadillas y no sabía hacerlo pero ella no me enseñaba, me ponía a hacerlo, entonces me decía que no sabía hacer nada, se enojaba que no hacía bien las cosas. Una tarde me llevaron a Toluca y me pidió que cocinara unas papas y yo no sabía, me regañaron y me regresaron a los tres días y ya no volví con ellos. Fue mi primer trabajo.

Cuando ya era más grande, primero estaba trabajando de limpieza, después me dieron trabajo en una bodega de materiales de construcción, apuntaba las cosas que sacaban; estuve como cuatro años. De ahí ya no me gustó, me



dejaron de bodeguera como dos meses; allá conocí a mi esposo y dejé de trabajar. Antes de juntarme sufrí mucho, a veces no vendía nada, no tenía ni para comer. Cuando trabajé en la construcción, era duro también. Sufrí bastante. Cuando entré de bodeguera ya estaba mejor, pero estuve sólo dos meses.

Me junté y aquí estoy. Mi esposo ya no me deja salir a vender, a trabajar en el mismo lugar. El es albañil, no le iba bien, fue a Estados Unidos hace cuatro meses. Me habla por teléfono no le va muy bien, ni mal, trabaja de mesero. Ya me ha mandado algo.

Dos mujeres de la muestra se han dedicado exclusivamente a confeccionar y vender muñecas de trapo. Ambas aprendieron de una familiar (tía, suegra) y todavía hoy, a pesar de las dificultades con la venta, continúan esta actividad que permite aportar recursos a sus hogares. Podemos apreciar aquí la importancia de esta capacitación recibida en la década de 1970 que todavía hoy, después de 30 años, está aportando frutos aunque muy modestos a algunas familias. Además, es muy probable que sea la última generación de mujeres que todavía sabe hacer las muñecas, ya que, como se ha mencionado más arriba, este conocimiento prácticamente ya no se transmite a las hijas, ocupadas con sus tareas escolares. He aquí la experiencia de María:

Llegué a la ciudad a los 12 años, me trajo una prima; aprendí a hacer muñecas con una tía y otras señoras que las hacían y las vendían juntas. El dinero que ganaba era para mandar a mi familia. Iba y venía, llevaba dinero y me regresaba. Como no sabía leer, nunca me movía sola, siempre estuve acompañada, me daba miedo. Para ir al pueblo me dejaban en la terminal para tomar el camión; de regreso venía ya sola, nunca me perdí. Cuando me casé ya hablaba un poco en español, sabía donde iba a comprar la tela y el hilo. Siempre hacía las muñecas, nunca hice otra cosa, ni trabajé en casas. El problema es ahora para venderlas. Vendo sólo en el Bazar del sábado. Toda la semana las hago, de distintos tamaños, desde más chiquitas; la grande la vendo en \$12 y a veces bajo el precio, gano muy poco.

Sin embargo, la venta de muñecas puede permitir comer a una familia, cuando falta ingreso del esposo, según relata Marcela:

Me junté muy temprano con mi esposo, a los 15 años. Vivíamos con la suegra. Como nunca trabajé, entonces le pedí que me enseñara a hacer las muñecas. Compré el material e iba aprendiendo. Las vendo en la Zona Rosa, dos o tres muñecas en un día de a 15 o 20 pesos, antes ganaba más, se vendían mejor. Mi esposo es albañil, no siempre trabaja, no trae dinero. Alcanza apenas para los gastos. A mi esposo no le gustaba que trabajara en la calle, me golpeaba y decía que iba con otros hombres hasta que mi hermano me defendió.

Y finalmente, tenemos el caso de una mujer que vende chicles y pide limosna (su marido, discapacitado por falta de una pierna, también pide) en la esquina de las calles de Monterrey y Chapultepec y de esto se mantienen. Es la que más dificultad tiene para entender y expresarse en español, además, la pareja es alcohólica. Su hija de 14 años no quiso ir a la escuela y es analfabeta; ayuda a vender en un puesto de dulces de una vecina. Es el único caso de la muestra donde la familia no logró mejorar sus condiciones de vida en la ciudad, probablemente debido a su vicio y a la incapacidad del esposo, con la excepción de contar con una vivienda, sumamente modesta, en la vecindad. Tampoco se perciben perspectivas de mejoras en el futuro, sólo quizás para su hija más pequeña que sí va a la

escuela. Es también la única persona que desea regresar a vivir en su comunidad, pero su esposo no quiere, ya que aquí, a la vuelta de la esquina de su casa, está la fuente de un ingreso fácil.

### Conclusiones

Los relatos de las mujeres otomías que acabamos de presentar ilustran de la manera más directa y a veces dramática lo que ha sido la vida laboral de este grupo de población, actualmente radicado en la ciudad. A pesar de contar con una tradición migratoria de varias décadas, su situación laboral no ha cambiado de manera sustancial. Esta forma peculiar de inserción a la ciudad desde la calle se debió, además del patrón migratorio temporal, el monolingüismo y a la falta de capacitación alguna, a la especificidad cultural de los otomías, muy apegados a sus tradiciones, a la vez que marginados y discriminados por la sociedad nacional. Estos factores dificultaron su integración a la ciudad, e incluso explican la falta de interés y el rechazo de esta integración en el pasado.

La importancia del trabajo femenino, desde la infancia, en las décadas pasadas puede considerarse como un indicador del grado de pobreza de este grupo y de su gran marginalidad social, situación que no ha sido superada aún, ya que no sólo las mujeres, sino los niños siguen trabajando en la calle, a diferencia de los migrantes de otros grupos étnicos que en la segunda generación lograron avances económicos y sociales muy significativos.<sup>18</sup> Los cambios que se observan en algunos hogares son poco representativos y corresponden a personas con mayor empuje y capacidad de superación. Es de esperarse que un cambio más marcado va a ocurrir en la siguiente generación, ya que los alumnos de ambos sexos, a pesar de muchas dificultades que tienen en su trayectoria escolar, en su mayoría aspiran a tener una profesión,<sup>19</sup> si bien actualmente también ellos buscan recursos en la calle, y las oportunidades laborales para los jóvenes son muy escasas, independientemente de sus niveles de escolaridad

<sup>18</sup> Marta Romer, *op. cit.*, 2009.

<sup>19</sup> Nicanor Rebolledo, *Un caso de migración y bilingüismo indígena en la ciudad de México*, México, Universidad Pedagógica Nacional (Más textos, 26), 2007.